

AVES EXTINGUIDAS EN LA PROVINCIA DE LEÓN

Javier García Fernández

Animales y plantas tienen multitud de mecanismos para adaptarse a las condiciones ambientales cambiantes. Aunque los cambios son lentos, lo cierto es que en la historia del clima está caracterizada por la alternancia de periodos fríos y cálidos. Así, el último periodo glaciario que tuvo significancia en León ocurrió hace apenas 10.000 años y provocó que el norte de la provincia estuviera cubierto de hielo. Por ciertos valles de la Cordillera Cantábrica y los Montes de León discurrían glaciares como los que aún perviven en las principales cordilleras del mundo.

Si bien es cierto que estos cambios ocurren y han ocurrido de manera natural a lo largo de la historia de la Tierra, no es menos evidente que el hombre, principalmente desde la revolución industrial, influye de manera determinante en la dirección de esos cambios. A escala global, la emisión de CO₂ por la quema de combustibles fósiles, está provocando un paulatino calentamiento de la atmósfera. Sin embargo, aunque el cambio climático tiene un efecto innegable en la distribución de las especies, el hombre también ha influido de manera determinante en esta situación cambiante a través de las actividades agropastoriles y silvícolas. Probablemente no exista en la provincia de León un pedazo de terreno que en algún momento de la historia reciente no haya sido roturado, talado, quemado, inundado o pastoreado. Y no se puede entender la situación actual de la mayoría de las especies sin analizar la influencia que las diferentes culturas y sus correspondientes formas de aprovechar los recursos naturales han tenido sobre el territorio.

Por su enorme variedad de especies y capacidad de vuelo, las aves se convierten en rápidas colonizadoras frente a las plantas o al resto de animales, que se ven más limitados en su dispersión por la presen-

cia de accidentes geográficos. La presencia de un ave o su extinción es siempre fiel reflejo de los cambios en el paisaje, incluso de aquellos más sutiles o que podrían pasar más desapercibidos.

Las aves no han pasado desapercibidas para los habitantes de León, muchas por interferir en la vida cotidiana de agricultores y ganaderos, cuando el pardal o la paloma se comían el grano o el águila mataba un cordero, pero también como anunciadores de las estaciones: la golondrina, la primavera y la francesina, el invierno. Sin embargo, muy poco de ese acervo cultural ha llegado hasta nuestros días, y la información escrita sobre la presencia de ciertas especies de aves casi se reduce a unos primeros exploradores, principalmente ingleses, que visitaron la provincia a principios del siglo XX, y a algunos ornitólogos que empezaron a hacer los primeros prontuarios avifaunísticos de ciertas comarcas leonesas desde los años 40.

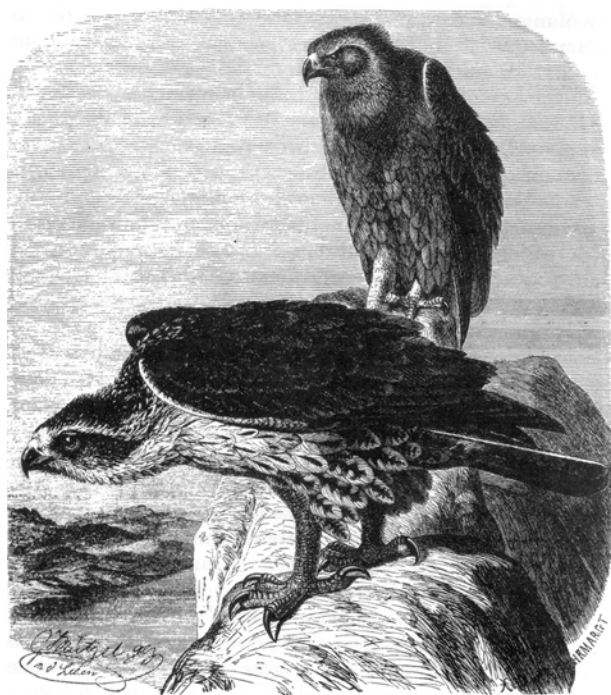


Quebrantahuesos

El estudio de la evolución del clima y de la historia nos permite conocer que algunas especies fueron más o menos abundantes en tiempos pasados. La evolución del clima explica como ciertas comunidades de aves relictas y acantonadas en ciertos bosques de León son relativamente abundantes en el norte de Europa. El calentamiento de la Tierra desde la última glaciación hizo que aves como el urogallo cantábrico, *Tetrao urogallus*, el pito negro, *Dryocopus martius*, el pico mediano, *Dendrocopos medius*, o el agateador norteño, *Certhia familiaris*, sólo hayan sobrevivido aquí en pequeños reductos y con poblaciones escasas. Además, remontándose en la historia mil años, hasta los momentos de pleno auge del reino de León, podemos inferir que la deforestación de amplios territorios del sur provincial fruto del aumento de población debió favorecer el asentamiento o la expansión

de especies de campo abierto, como la avutarda, *Otis tarda*, o la calandria, *Melanocorypha calandra*.

No obstante, el objetivo de este artículo es analizar la evolución más reciente de las aves de León, de aquellas que han desaparecido en el último siglo, momento en el que empiezan a existir documentos escritos u otros indicios de las comunidades de aves que aquí habitaban.



Águila perdicera

Una de las grandes rapaces extintas es el quebrantahuesos, *Gypatetus barbatus*. Fue descubierto por dos exploradores ingleses, Walter J. Buck y Abel Chapman, que recorrieron buena parte de España a finales del siglo XIX y que reflejaron en su libro *Wild Spain* (Chapman & Buck, 1893). Walter J. Buck, dedicado al negocio del vino en Jerez, conoció a Abel Chapman, y su común afición a la caza y a la vida silvestre les hizo recaer por Picos de Europa, en realidad atraídos por la posibilidad de abatir algunos rebecos.

Dado que, probablemente, sus observaciones de quebrantahuesos sean las únicas documentadas antes de su extinción, hasta hace poco se mantuvo que la desaparición de la última pareja que sobrevoló Picos de Europa, debía haberlo hecho a principios del siglo XX. Sin embargo, recientemente, las indicaciones de un guarda de Picos de Europa, Enrique Caldevilla, ha permitido localizar un antiguo nido no lejos de la localidad de Cordiñanes cuyo ocupante, que según su testimonio “no era buitre ni águila real” y que habría nidificado hasta los años sesenta. En el

nido en cuestión aún permanecían multitud de huesos de animales domésticos y salvajes (Baguena, et al., 2004).

Hoy en día cada vez existen más noticias de la visita a Picos de aves dispersantes desde la población de los Pirineos, pero lo cierto es que no es probable un rápido asentamiento de una población estable. Incluso las predicciones más optimistas hablan de hasta dos décadas para que el quebrantahuesos vuelva a criar en León. En la actualidad, hay un proyecto en marcha, bajo financiación europea, que trata de asentar a los individuos que divagan por Picos de Europa mediante la creación de comederos específicos, a base de huesos, y mediante la colocación de señuelos, maquetas de quebrantahuesos contruidos con resina. En ambos casos, la finalidad es conseguir que las aves jóvenes se queden por la zona hasta alcanzar la madurez sexual, no antes de los seis u ocho años de edad, y que escojan los grandes farallones rocosos de Picos de Europa para construir su nido.

Las razones de la desaparición de la población cantábrica de quebrantahuesos parece estar en el uso desmedido que se hacía del veneno, la tristemente famosa estricnina, que se utilizaba para el “control de fieras”, esto es, para la eliminación de zorros, lobos o águilas. Es muy probable que el quebrantahuesos no estuviera entre los objetivos de los que colocaban el veneno, pero sus hábitos carroñeros lo llevaron a la desaparición.

Existe cierta confusión, porque otra especie carroñera de menor tamaño, el alimoche *Neophron percnopterus*, recibe en algunas comarcas del norte de León el nombre de quebrantahuesos o de frangüeso, lo que en alguna ocasión se han levantado falsas expectativas sobre la presencia del verdadero quebrantahuesos.

La segunda de las especies extintas en nuestra provincia es sin duda mucho más desconocida, y seguramente lo era incluso cuando pervivía en el llano y en los páramos leoneses. La ganga, *Pterocles alchata*, probablemente ocupó buena parte de las comarcas de Los Oteros, Tierra de Campos y El Páramo Leonés, pero también las comarcas de pie de monte de la Cordillera Cantábrica y los Montes de León, es decir los altiplanos de Tierras de León, así como La Cepeda, Maragatería, La Valduerna y La Valdería. En la historia reciente apenas existen unas confusas noticias sobre su presencia en Los Oteros y algunas más precisas en los baldíos de Castrocabón de donde habría desaparecido en la década de los sesenta (Purroy, 1999).

La ganga es un ave esteparia que precisa para sobrevivir de páramos incultos o de zonas agrícolas extensivas, aunque siempre con cierto grado de abandono. Estas estrechas necesidades biológicas la han

llevado, en la cada vez más intensamente cultivada meseta Norte, al borde de la extinción, ya que apenas dos centenares de parejas sobreviven en ciertos páramos de los Montes Torozos y en las comarcas de La Moraña, La Guareña y Tierra de Medina.

En León, aún pervive en ciertas zonas de El Páramo Leonés y Los Oteros una especie muy emparentada con la ganga, la ortega, *Pterocles orientales*. Aunque su situación no es muy halagüeña, ya que apenas llega al medio centenar de parejas, afortunadamente resiste cierto grado de intensificación agrícola.

ñas, donde las condiciones ecológicas y climáticas son más semejantes a las que ocurren en el extremo norte de Europa. En España, actualmente sólo se detecta en algunas zonas del Pirineo, de manera testimonial en Navarra, y con poblaciones exiguas en Aragón y Cataluña. Se considera que el actual calentamiento global pueda contribuir a que la situación poblacional sea cada vez más crítica.

La posibilidad de que la especie recolonice de manera natural sus territorios cantábricos en las próximas décadas y por tanto vuelva a tierras leonesas es prácticamente nula.



Perdiz nival

La tercera de las especies consideradas es la perdiz nival, *Lagopus mutus*, de la que apenas existen referencias de su existencia pasada. Su presencia en toda la Cordillera Cantábrica está confirmada hasta principios del siglo XX (García-Dory, 1982) donde por causas desconocidas desapareció.

La perdiz nival es una especie habitante de áreas circumpolares, pero que mantiene poblaciones relictas en ciertos macizos montañosos al sur de su área principal de distribución. Esta distribución es fruto de la paulatina retirada de los hielos desde la última glaciación que produjo que algunas especies, que hoy en día son típicas de latitudes norteadas, se fueran quedando en ciertos enclaves sureños. Por supuesto, estos enclaves se encuentran en las monta-

La última de las especies tratadas es el águila perdicera, *Hieraaetus fasciatus*, la última de esta triste serie de aves que han dejado de nidificar en la provincia. Pertenecer junto al águila real, *Aquila chrysaetos* y al águila imperial, *Aquila adalberti*, al grupo de las grandes águilas ibéricas, que se localizan en la cima de la cadena trófica. Se trata de una especie de carácter mediterráneo, por lo que la provincia de León representa su límite noroccidental de distribución, mientras que las poblaciones ibéricas más numerosas se localizan en el sur de la península y en la costa mediterránea. En el norte, su situación pasa por un momento delicado y así, el conjunto de las poblaciones de Navarra, País vasco, La Rioja y Castilla y León no alcanzan el medio centenar de parejas. La peor parte se la está llevando la pobla-

ción castellana, ya que la situación de la especie en Burgos se puede considerar como cercana a la desaparición. La población más cercana a la provincia de León es la que se sitúa en los Arribes del Duero, entre Zamora y Salamanca, que está formada por menos de 15 parejas, aunque tampoco pasa por un buen momento, lo que aleja aún más la posibilidad de una futura recuperación.

En León, al menos en los tiempos recientes, nunca debió de ser una especie demasiado numerosa. De hecho, apenas se tienen noticias precisas acerca de su nidificación. Más aún, la situación poblacional del águila perdicera en muchas publicaciones de ámbito nacional (Arroyo *et al.* 1995) o autonómico (Sanz-Zuasti & Velasco, 1999) aparecía con la incierta consideración de "0-1 pareja".

En 2004 se ha llevado a cabo una prospección específica para intentar detectar algún indicio sobre la cría de la especie en León, y desgraciadamente se ha confirmado su desaparición. No obstante, tampoco es improbable que en los próximos años se pudiera conocer algún dato acerca de la presencia de la especie o incluso de su nidificación, pero parece totalmente descartable el asentamiento de una población viable en nuestro territorio de modo natural.

Sí que es posible aún observar algunos ejemplares, fundamentalmente jóvenes, que se dispersan desde sus territorios a lo largo de su área de distribución en el norte peninsular. En los últimos años, una parte de los pollos nacidos en comunidades como Navarra, Aragón y el País Vasco han sido provistos de emisores vía-satélite que permiten saber en cada momento la situación de los ejemplares. Esto ha permitido conocer que algunos de ellos se desplazan hacia el noroeste y, en concreto, algunos de ellos han pasado o incluso han recalado por unos días en tierras leonesas.

A pesar de su nombre, el águila perdicera consume principalmente conejos, aunque también forman parte de su dieta aves y reptiles. La perdiz roja también puede ser capturada, pero nunca suele suponer más del 10% del volumen de alimento y, por supuesto, las exiguas poblaciones de águila perdicera no suponen ninguna amenaza para la supervivencia de las perdices.

Además de estas especies extintas existen algunas otras que crían de manera esporádica o presentan un estatus reproductor impreciso, o que aparecen o desaparecen en función de ciclos naturales. Entre las que han criado en León de manera esporádica destacan el fumarel cariblanco, *Chlidonias hybrida* y la aguja colinegra, *Limosa limosa*, que nidificaron en la laguna de Chozas de Arriba a principios de la década de los ochenta y en la década de los noventa, respectivamente. De las especies de estatus incierto se pueden nombrar al escribano palustre, *Emberiza*

schoeniclus, y a la polluela chica, *Porzana pusilla*, habitantes ambos de zonas húmedas poco accesibles y que parece que criaron en las lagunas de Villadangos del Páramo y Bercianos del Real Camino, respectivamente. No es sencillo aventurar una posible presencia en los próximos años, aunque la recolonización parece más improbable en el caso del escribano palustre dada la tendencia regresiva de las poblaciones ibéricas de la especie. Finalmente, la curruca cabecinegra, *Sylvia melanocephala*, es la única especie de la que se tiene constancia desde la década de los noventa de una colonización, una desaparición y una nueva colonización, en todos los casos aparentemente por causas naturales. Es conocido de esta especie en otras zonas que los inviernos especialmente adversos pueden provocar su desaparición en regiones enteras.

BIBLIOGRAFÍA

ARROYO, B., FERREIRO, E. & GARZA, V. 1996. *El Águila Perdicera (Hieraaetus fasciatus) en España, censo, reproducción y conservación*. ICONA. Colección Técnica. Madrid.

BAGUENA, G., ROLLÁN, M. & TIRADO, L. 2004. «Encontrado un antiguo nido de quebrantahuesos, con restos óseos, en los Picos de Europa». *Quercus*, 220: 8.

CHAPMAN, A. & BUCK, W. J. 1893. *Wild Spain*. Gourney & Jackson. London.

GARCÍA-DORY, M.A. 1982. «La perdiz nival debe ser declarada especie protegida». *Quercus*, 4 : 28-29.

PURROY, F. J. 1999. Distribución y abundancia en Castilla y León. En: Herranz, J. y Suárez, F. *La Ganga Ibérica (Pterocles alchata) y la Ganga Ortega (Pterocles orientalis) en España*. Colección Técnica. Ministerio de Medio Ambiente.

SANZ-ZUASTI, J. & VELASCO, T. 1999. *Guía de las Aves de Castilla y León*. Ed. Náyade. Medina del Campo. Valladolid.